

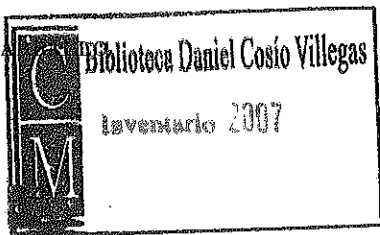
NUEVOS ESCRITORES MEXICANOS  
DEL SIGLO XX PRESENTADOS POR SÍ MISMOS

405/ed  
K. Carbo

1938-

# CARLOS MONSIVÁIS

PRÓLOGO DE  
EMMANUEL CA



EL COLEGIO DE MEXICO

M860.4/M754c



\*3 905 0186048 Y\*



EMPRESAS EDITORIALES, S. A.  
MEXICO

M 754c  
255372

Derechos Reservados © 1966  
por Empresas Editoriales, S. A.  
Río Nazas 55-1, México, D. F.

Primera edición, diciembre 1966

Portada de Pedro Bayona

## PRÓLOGO

921 X / P CAT

No recuerdo con exactitud la fecha, pero debió ser por 1956 cuando conocí, en mi oficina del Fondo de Cultura Económica, a Carlos Monsiváis. Llegó acompañado de tres o cuatro muchachos que, desde entonces, confunden alebrosa y premeditadamente la literatura con la ociosidad disfrazada de militancia política. Al verlos y oírlos me di cuenta de que Monsiváis podía estar con ellos, pero que no era como ellos.

Si hoy día Carlos es tímido, a mediados de los años cincuenta daba la impresión de ser aspirante devoto a pastor presbiteriano. De pocas palabras, y de más escasos gestos, no me permitió suponer que con los años vencería, ante los ojos del público, la timidez y que su rostro, ahora conscientemente inexpresivo, le serviría para contrastar el fuego, la mordacidad y la gracia de sus palabras. Humorista a pesar suyo, lo es porque le resultó menos difícil expresarse como crítico que como panegirista del caos, el cinismo y las promesas que paran periódicamente en silencios definitivos. Y como Carlos es pudoroso en la misma medida que inteligente, y además posee desde niño un enfermizo temor de caer en lo ridículo, optó entre la crítica que se hace con el corazón y apela a los buenos sentimientos y aquélla que es producto del entendimiento y desea convencer en lugar de estremecer, por esta última, es decir, se trazó una línea tan peligrosa como ambigua que a unos hace decir que es un iluminado y a otros que es un vanidoso, un aguafiestas que apaga incendios en los que le gustaría consumirse.

Hasta aquí, Monsiváis es un joven de 28 años, atento a lo que pasa en México y en los demás países, ubicuo ya que está en todas partes y en ninguna (porque siempre tiene prisa de ir de un sitio a otro y a todos lados llega tarde), lector que lo mismo transita por los dominios de la economía, la sociología y la política que por los caminos

sinuosos de la literatura, las revistas (buenas y malas, en inglés y en español), los *comics* y las hojas subversivas de difusión minoritaria, adicto del cine en tal medida que pasa por alto las servidumbres y se rinde por poco tiempo a los rasgos más firmes de las modas sucesivas, entusiasta de la música (jazz, spiritual, folk songs, boleros), sectario en cuestiones de comida y como buen hijo de familia protestante enemigo del alcohol y los inevitables placeres adyacentes. Hasta aquí, repito, Carlos es un muchacho como tantos otros muchachos, ni bueno ni malo, ni excesivamente concentrado en los rigores de un oficio o una profesión (en su caso las letras) ni totalmente manirroto que haga de la dispersión la única forma posible de vida.

Hasta ahora, Carlos Monsiváis se ha preocupado más por encontrar un tono de vida que por añadir periódicamente títulos a su brevísima bibliografía. Entre los escritores de sus años, Carlos es el que posee en mayor grado el sentido de la autocrítica y el que está mejor capacitado para entender, y traducir a palabras, las transformaciones del mundo de hoy. Es, asimismo, el único que ha influido, maestro entre discípulos de la misma edad, en varios de los jóvenes más serios, que deben a sus palabras orientaciones que a veces parecen programas más amplios que los planes quinquenales. Sus campañas de viva voz, que en cierto sentido lo asemejan a Pedro Henríquez Ureña y a Ricardo Gómez Robelo, han sido tan convincentes como eficaces. A él se debe que ciertos jóvenes y ciertas obras hayan abandonado la pomposa, solemne y guadalupana manera que empleaban escritores de mayor edad para encararse con los acontecimientos que les tocó vivir o aquellos que por inmediatos tenían la obligación de juzgar. Asimismo, y de igual modo en que ganó la batalla contra la solemnidad, Carlos ha participado con éxito en una nueva campaña, la de desmitificar la provincia y reducir la a lo que es, el reino del subdesarrollo, la última frontera en que la cursilería aún encuentra partidarios que la hagan suya y el fuerte mal guarecido en que los empecinados tratan de salvaguardar los valores feudales que provienen de la Colonia.

El éxito de Monsiváis no sólo depende de las ideas que expone en las conversaciones, artículos y ensayos sino de la manera como las maneja, manera que rompe con los moldes establecidos. A la seriedad de los que sostienen con ligeras modificaciones el *statu quo*, opone la cualidad contraria, que hace estallar en pedazos, con la consiguiente alegría —entre infantil y malsana— de los damnificados por ese orden de cosas, antiguallas que por venerables deberían estar en un museo y no presentes en la vida de todos los días. Quizá los mecanismos de que se vale Monsiváis para conseguir sus propósitos sean los siguientes: la exageración, la comparación, la parodia y el entredicho. Al exagerar las virtudes, por ejemplo, prepara el estado de alerta en el lector o la persona que lo escucha, quien, de inmediato, pone en tela de juicio las apacibles virtudes que le enseñaron en la escuela o que por tradición familiar transmitieron sus abuelos a sus padres. La comparación surte también efectos fulminantes. El parangón entre lo que se dice que es y lo que realmente es aunque no se diga pone en guardia al público más desaprensivo y lo obliga a que abandone el pensamiento mágico y se atenga, por dolorosa que sea, a la verdad que desde tiempo atrás celosamente le han ocultado. En letras casi siempre malignas que usurpan el sentido de viejas canciones, en pastiches que introducen la burla en asuntos que generalmente se consideran serios, Monsiváis desliza la parodia y valiéndose de ese método, de convicta intención satírica, introduce el desorden, el relajo y sus impredecibles consecuencias subversivas. Al juzgar indigna de crédito o aceptación tal o cual teoría, tal o cual hecho, aplica un procedimiento que pone entre paréntesis, en cuarentena, ideas o acontecimientos que más que ampararse en las condiciones objetivas se resguardan en creencias punto menos que inservibles.

Predispuesto por carácter, formación y actitud a ser cronista y juez de la historia reciente de México, Monsiváis no ha tenido más oportunidad que refugiarse en la crítica, ya que el pudor le impidió años atrás sentar plaza como poeta o novelista. (En este sentido, y en algunos otros,

su destino como escritor se parece al de Salvador Novo. Del mismo modo como el autor de la *Nueva grandezá mexicana* sustituyó como Cronista de la ciudad de México a don Artemio de Valle-Arzipe, así, y a su debido tiempo, Carlos reemplazará a Novo en estas funciones.) Consciente de su papel, Monsiváis ha diversificado sus intereses, y así es frecuente leer textos suyos que unas veces hablan de literatura y otras de sociología, política, cine, teatro y otros temas que por matizados son de difícil clasificación. Si en el futuro inmediato se atreviera a reunir artículos y ensayos haría un favor a su vanidad, que no funciona en este terreno, y permitiría que la prosa de ideas no fuera entre nosotros tan menesterosa ni tan escasa de talento.

Por fin, a mediados de este año, Carlos dio a las prensas su primera obra crítica, y los resultados favorables no se han hecho esperar. Desde 1928 en que aparece la *Antología de la poesía mexicana moderna* firmada por Jorge Cuesta y que expresa los puntos de vista de los Contemporáneos; no se había publicado en México una selección de poemas tan rigurosa y brillante como *La poesía mexicana del siglo XX* de Monsiváis. Se trata de una obra que no pretende quedar bien con Dios y con el Diablo, con las preferencias muy personales del antólogo y los juicios de valor que por establecidos se han vuelto lugar común. A partir del prólogo, Monsiváis da a entender claramente que su único criterio es el estético y que su actitud es inflexible: es decir, que prefiere arriesgarse antes que cometer la deslealtad de aceptar sin discutir las preferencias ajenas.

Si se compara con obras similares, *La poesía mexicana del siglo XX* se distingue por estas características: responde a una nueva toma de conciencia, la de los años sesenta, de lo que es entre nosotros el fenómeno poético; distante en el tiempo de ciertos períodos vociferantes y de ciertos autores venerados o deturpados con idéntica vehemencia, puede enjuiciar sin fanatismo, absolver sin remordimiento y disminuir sin complacencia. Equidistante de cualquier actitud sectaria, a favor del arte comprometido o en contra

de la expresión lúdica, sitúa poetas y poemas con objetividad y depurado gusto estético.

Principia con Francisco González León (1862-1945) y concluye con Homero Aridjis, nacido en 1940. El poeta de *Campanas de la tarde* es una fecha brumosa y el de *Mirándola dormir*, una esperanza a largo plazo. Si se atiende a los textos definitivos, la antología empieza con López Velarde y termina con Rubén Bonifaz Nuño. Da señales de vida en 1916 con *La sangre devota* y alcanza su último gran momento con *Fuego de pobres*, dado a conocer en 1961. De uno a otro año, pasa revista a varias decenas de poetas.

Entre González León y López Velarde presenta a Alfredo R. Placencia, Efrén Rebolledo, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes y José Juan Tablada. Vienen en seguida los Contemporáneos, poetas que en grupo e individualmente sientan las bases de lo que fue la poesía en la primera mitad de este siglo: una actitud de búsqueda a través de todas las horas, las técnicas y los estilos. Estridentistas y agoristas traen consigo el humor involuntario, el nacionalismo ingenuo y el compromiso más con la burocracia que con la ideología. Dos poetas singulares, Efrén Hernández y Renato Leduc, representan el dilema que permite a los escritores oscilar entre el respeto y la rebeldía. La generación de Taller descubre al poeta que es, a lo largo de la obra, el más importante y el que señala a los jóvenes los caminos más eficaces para practicar la gran poesía, Octavio Paz. Tierra Nueva concurre con Alí Chumacero y la generación nacida entre 1920 y 1925 aporta, entre otros, los nombres de Rubén Bonifaz Nuño, Rosario Castellanos y Jorge Hernández Campos. Entre los recién llegados sobresale Marco Antonio Montes de Oca.

En el prólogo, se advierten las huellas de tres libros de Octavio Paz: *El arco y la lira*, *Las peras del olmo* y *Cuadrivio*. Monsiváis es a Paz lo que éste a los Contemporáneos (a Cuesta y Villaurrutia, principalmente), una consecuencia libremente elegida y, por supuesto, la única digna de considerarse en estos días. El cambio de actitud que se nota en Monsiváis respecto a obras similares y más o me-

nos coetáneas tiene mucho que ver con los estudios de Paz sobre la poesía mexicana. (En este sentido revísense, entre otros, los juicios de Carlos sobre Tablada, López Velarde, Pellicer y el espíritu que anima la interpretación de los poetas jóvenes.) El rigor, la heterodoxia y el subjetivismo de que se sirve Carlos Monsiváis no están muy lejanos de los que emplea Octavio Paz en sus ensayos y artículos. Junto a sus propios hallazgos (sobre todo de sociología e historia política aplicados a la poesía), Monsiváis toma en cuenta, y a veces sigue mansamente, los puntos de vista de Octavio Paz, en este momento el ensayista más sólido inquietante y personal de la literatura mexicana.

ENMANUEL CARBALLO

*Copilco, 26 de noviembre de 1966*

## AUTOBIOGRAFÍA

A mi madre, por disponerse a negar con fundamento, cualquier posible veracidad de estas páginas.

### CAPITULO I

#### *FIRMES Y ADELANTE, HUESTES DE LA FE*

*En donde el autor confiesa haber nacido en la Merced el 4 de mayo de 1938, acepta sin rubor su condición de héroe de esta historia, proclama su intolerable afición al D. F. y se presenta sin más trámite como precoz, protestante y presuntuoso.*

Desde el principio, la pequeña burguesía me acogió en su seno. Fui creciendo extasiado ante un paisaje de "Últimas Cenas"; llama-al-técnico-porque-se-descompuso-la-lavadora; qué-le-vas-a-dar-a-tu-mamá-el-diez-de-mayo; cómo-se-parece-tu-abuelita-a-Sara-García; vámonos-el-domingo-a-Cuernavaca, y demás símbolos de la elegancia y el ascenso de una clase. Nací, *of all places*, en el Distrito Federal y muy niño fui llevado en una emigración terrible, de la Merced a la Colonia Portales, "por la Calzada de Tlalpan". Imagino esa diáspora a la luz de John Steinbeck, John Ford y *Las viñas de la ira*. Un carromato polvoso, una familia apiñada que entretiene la odisea cantando himnos, pruebas del cielo bajo la forma de agentes de tránsito y al final Canaán-Portales, la tierra prometida donde los hijos crecerán en paz, sin el espectro del hambre y la intolerancia. Portales-Peyton Place: un pequeño pueblo con cines mugrientos, dos casas de citas, médicos obsequiosos, un Seleccionado Olímpico que jugaba aquí a la vuelta, veinte equipos de fútbol llanero, adulterios sorprendentes, pirotecnia malthusiana y un diputado, el Sr. Licenciado Ló-

pez Gómez o Hernández Díaz o Sánchez Pérez o Aquilefallastemnemotecnia. Por favor, no deje usted de anotar el problema de la delincuencia juvenil: es increíble, para qué sirve la policía, aquí hasta niños de once años fuman mariguana, y hace unos meses mataron junto al California Dancing Club al Terrible Canchola. Dicen que fueron... Pero siempre hay cambios significativos: las muchachas pueden usar pantalones, ir al Centro ya no es una excursión, la benzedrina se ha vulgarizado y sólo los recaderos usan bicicleta. A la nostalgia olfativa no se le ofrecen vastos huertos o establos, ni se le entregan los seis o siete grandes acontecimientos anuales de una niñez provinciana. Una conciencia laboriosa del tiempo domina en perjuicio del siempre escenográfico sentido del espacio. Las lecciones se obtienen no en la contemplación de montañas, árboles o rebaños, sino en el domeñamiento de semáforos y avenidas. Al fin y al cabo ¿cuál es la diferencia entre sortear las corrientes de un río traicionero y atravesar la Glorieta del Riviera?

Mi única actividad pre-uruchurtiana ha sido la niñez. Mi infancia transcurrió en la dorada época de los *pioneers*, en los albores de la Conquista del Viaducto. ¿Cuál Ciudad? Si acaso entonces, una suma de pequeños pueblos y tribus burocráticas unidas por un corazón comercial; tres desfiles al año y bolsas de agua y cohetes y sombreros de palma en un Zócalo Repentinamente Insurgente. Desde siempre he visto al Distrito Federal no como Ciudad, en el sentido de un organismo al que se pueda pertenecer y por el que se puede sentir orgullo, sino como Catálogo, Vitrina, Escaparate y Muestrario de librerías; cines y

taquerías. Típico chilango, (es decir, exorcizado con el "quiúbole manís", domado por los Zócalo-San Lázaro, disciplinado totalitariamente por los "peseros", llevado a la madurez al cambiar la cita en Tacuba y Palma por el *date* en Génova y Hamburgo) mi vocación de butaca se ha ejercitado en forma casi exclusiva en México y frases cabalísticas como "otros tres de pollo, por favor" tienen siempre el poder de estremecerme. Sabiduría vital: agenciarse un buen party el sábado por la noche; vida nocturna oficial: la desprendible del repertorio de Agustín Lara; día más nefasto del año: el Primero de Mayo (porque no hay cines).

Las razones migratorias de mi familia, en ese éxodo atroz de los cuarentas, fueron religiosas. Perteneczo a una familia esencial, total, férvidamente protestante y el templo al que aún ahora y con jamás menguada devoción sigue asistiendo, se localiza en Portales. Familia fundamentalista, que abomina del licor y el tabaco, la mía decidió otorgarme una educación singular. En el Principio era el Verbo, y a continuación Casiodoro de Reyna y Cipriano de Valera tradujeron la Biblia, y acto seguido aprendí a leer. El mucho estudio aflicción es de la carne, y sin embargo la única característica de mi infancia fue la literatura: himnos conmovedores ("Cristo bendito, yo pobre niño, por tu cariño me allego a Ti, para rogarte humildemente tengas clemente piedad de mí"), cultura puritana ("Instruye al niño en su carrera y aún cuando fuere viejo no se apartará de ella"), y libros ejemplares: (*El progreso del peregrino* de John Bunyan; *En sus pasos* o *¿Qué haría Jesús?*; *El Paraíso Perdido*, *La institución de la vi-*

da cristiana de Calvino, *Bosquejo de dogmática* de Karl Barth). Mi verdadero lugar de formación fue la Escuela Dominical. Allí en el contacto semanal con quienes aceptaban y compartían mis creencias, me dispuse a resistir el escarnio de una primaria oficial donde los niños católicos denostaban a la evidente minoría protestante, siempre representada por mí. Allí, en la Escuela Dominical, también aprendí versículos, muchos versículos de memoria y pude en dos segundos encontrar cualquier cita bíblica. El momento culminante de mi niñez ocurrió un Domingo de Ramos cuando recité, ida y vuelta a contrareloj, todos los libros de la Biblia en un tiempo record: GénesiséxodoLeviticonúmerosdeuteronomio . . . Allí adquirí una extraña iconografía heroica, notable por la ausencia de la Morenita del Tepeyac, —la misma que convirtió a Juan Diego en el primer partidario mexicano del Star System— y la presencia del Almirante de Coligny, Zwinglio, Calvino, Teodoro de Bèze, Agrippa d'Aubigné, John Wesley, John Brown. Leía apasionado a Dumas y Michel Zévaco porque *Los cuarenta y cinco* o los Pardaillan eran hazañosos en medio de las guerras de religión y yo, hugonote intensísimo, lloraba desolado evocando la Noche de San Bartolomé. Pero los letreros (“En esta casa somos católicos y no admitimos propaganda protestante”), y los gritos (“¡Que pase al pizarrón el aleluya!”), y el chiste inefable (“Ah, prostituta; oh, perdón; yo creí que habías dicho protestante”) hablaban de otra cosa y desde luego a la hora de la comida debía enterarme de persecuciones en los pueblos, de linchamientos y asesinatos. Mi primera imagen formal del catolicismo fue una turba dirigida por

un cura que arrastra a cabeza de silla a un pastor protestante. Me correspondió nacer del lado de las minorías y muy temprano conocí el rencor y el resentimiento y justifiqué por vez primera el oportunismo en la figura de Enrique IV, no porque creyese que el De Efe bien vale una misa, sino porque toda posibilidad de venganza, así fuese la anacrónica de recordar a un príncipe hereje que gobernó Francia, me sacudía de placer.

A la Escuela Dominical debo asimismo una estructura moral que, con sorprendente malevolencia, vuelve a mí en los momentos menos oportunos. El pecado fue el tema central de mi niñez y la idea que de algún modo, no sé cual, ha seguido rigiéndome hasta ahora. Para el esencialmente protestante Julien Green el Paraíso consistía en un cuarto poblado de estatuas bellísimas. En no poca medida comparto a pesar mío ese temor, ese invencible miedo cristiano a la unidad total del cuerpo y el espíritu. Por eso, caigo reiteradamente en la desconfianza, en la incertidumbre continua sobre mis acciones, sobre mi derecho a recibir algo, lo que sea, sobre mi derecho a gozar de las cosas. Para conocerme a mí mismo sólo he utilizado una técnica, la sospecha. Para conocer a los demás, siempre he recurrido al recelo. En última instancia, podría definir mi formación moral como la vieja necesidad de poner en tela de juicio “incluso el menor movimiento del dedo meñique”.

## VIAJE AL CORAZON DE MONSIVAIS

*En donde el protagonista devela su intimidad, inventa a medias su infancia porque ésta fue, en verdad, poco memorable, y ennoblece sin mala fe su pasado cultural.*

P.: ¿Cuál es su máxima aspiración? R.S.V.P.

R.: Que un día no muy lejano, con los restos de mi vida se edifique una telecomedia. Hijo único, "fruto del divorcio", creyente devoto en Edipo (ese griego gentil que impide la desintegración de la familia mexicana), invadido por una madre premiosa y absorbente, negado para toda manifestación deportiva que implique el movimiento, solitario, fantasioso, pronto descubrí el gozo de la autocompasión y me desplazé, de las ingenuas visiones del llanto y el arrepentimiento que mi muerte prematura provocaba, a sueños más complicados: por ejemplo, en el instante en que Bob Hope anuncia mi nombre y me levanto para aceptar el Oscar, Tito Guízar me obliga a rehusarlo porque mi smoking denigra a México.

P.: Resuma su infancia.

R.: Nada de "coladeritas", nunca el "chiras pelas" o el "tochito", jamás el "Señora, ¿le da permiso a Carlos para irse de excursión al Ajusco?" No hay calacas ni palomas. A cambio de ello, pornografía: el alumno Monsiváis, del Sexto A, propone la creación de una biblioteca. Si he de hacer caso a mis detractores, soy un "matado", el estudioso triste que nunca falta en las mejores familias. Y mi carrera de atleta en el relevo de 4 x 400, se interrumpe cuando entrego la estafeta al miembro del equipo rival. Tuve que posponer mi infancia en espera de la mejor oportunidad que

habrían de brindarme finalmente la Cultura Pop y sus comics, jingles y latas de la Fortaleza. POW! Ahora Batman y Robin son Low Camp—*It's so awful that becomes good*— y puedo ser (THACK!) su deleitado exégeta (WHAM!), sin que nadie sospeche mi único interés, comunicar al fin las visiones de una infancia muda. ¡Santa Esperanza Iris!

P.: ¿Su Iniciación en la Cultura?

R.: Aquel infausto día en que el instructor de la Guay me confesó que yo jamás podría nadar como Alberto Isaac, se decidió mi destino. De allí en adelante sería pedante y libresco. En la primaria, después de Homero y Virgilio y los clásicos protestantes, leí las divulgaciones freudianas de Gómez Nerea y agoté a Jane Austen y vislumbré a través de Mr. Pickwick, Mr. Tupman y Mr. Snodgrass, las posibilidades de la sátira, y me fascinaban las novelas de Martín Luis Guzmán y Rómulo Gallegos, los folletones de Eugenio Sue y Vicente Riva Palacio, las biografías de Ludwig y Zweig y *Los Sertones* de Euclides Da Cunha.

P.: ¿Seguro no se está usted adornando?

R.: Ya que no tuve niñez, déjeme tener currículum. Y con su venia, como diría la China Mendoza, prosigo: con todo, las fuentes primordiales de mi infancia fueron la mitología griega y la literatura policial. No había mayor placer que recitar las doce hazañas de Hércules o recordar las rimas de Mamá Oca que Philo Vance musitaba en *Los crímenes del alfil obispo*: "¿Quién mató a Cock Robin? Yo, dijo el gorrión, con mi arco y mi flecha, yo maté a Cock Robin." Literatura siempre, a todas horas. Y oía con mayor precisión el Llamado de las Letras al comprobar mi sucesivo y reiterado desinterés ante aquello que conduje-



se a las matemáticas, la medicina, la biología, la química, la física, la jurisprudencia, la economía, la veterinaria, la arquitectura, las artes plásticas, la música y el contrabando de ropa íntima. No me quedaba entonces sino la novelería y en ella me refugié con ánimo ortodoxo: estudié a Sherlock Holmes y Hércules Poirot y Nero Wolfe y admiré a Doc Savage porque regeneraba a los criminales operándoles el cerebro y envidié la facilidad con que la Sombra (cuyo nombre verdadero es Lamont Cranston) eliminaba en cada aventura por lo menos a 300 malhechores y para mí la aviación fue Bill Barnes y el Oeste Pete Rice y Zane Grey y la idea de rebeldía Huck Finn que no iba a la Escuela Dominical, y Francia era Arsenio Lupin y Rocambole, y el Oriente se convertía en el malvado Dr. Fu Manchú o los piratas de Monpracem. Y mi infancia es la síntesis y la acumulación de libros, series de episodios (¡Oh Flash Gordon y Los Peligros de Mongo! ¡Oh reloj de Dick Tracy! ¡Oh Jova la Ciudad perdida! ¡Oh Calaveras del terror!), revanchas mexicanas del Charro Negro, colección Billiken, himnos y soledad.

### CAPITULO III

#### DE PIE LA JUVENTUD, VALIENTE EL CORAZON

*En donde se describe la sección izquierdista de una educación sentimental, se añoran los folletos cardenistas y se recogen firmas para la paz.*

Ante mi asombro, mi compañero continúa: ¿Sabes que en el Concurso Mundial de Himnos Nacionales el nuestro obtuvo el segundo lugar? Atribuyo a mi

carencia de niñez-a-la-Mexicana la obsesión por un civismo oficial cuyo fatalismo rechazo por instinto: "Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta. . ." bien vale el "Si Juárez no hubiese perdido las ovejas, hoy nos gobernaría Maximiliano VIII". Me aburro en los desfiles y me fastidia, de modo absoluto, el general Pedro María Anaya, por darle nombre a mi primaria y por su frase célebre, la que debo gritar en el coro único que responde a la pregunta: ¿Y entonces, niños de México, qué le dijo al general invasor?

*Todos:* Si hubiera parque no estarían ustedes aquí.

Cada 16 de septiembre me entretengo imaginándome el monstruoso *display* craneano en la Alhóndiga de Granaditas; cada 21 de marzo, después de oír una reflexión sobre las posibilidades presidenciales de los zapotecas (lo que deprime mucho a un compañero, Juan Cano, que es tarahumara) me uno a un canto monorrítmico: "En San Pablo Guelatao, en el Estado de Oaxaca, nació Don Benito Juárez en un pobre jacalón". Carezco de compañeros de juego pero es inútil buscar la complicidad de Guadalupe Victoria o Nicolás Bravo. Del modo en que me los presentan, los héroes me desconciertan. ¿Cómo es posible tamaña clarkentidad? Por lo pronto en materia de inmortalidad se las saben de todas todas: "¡Ahora o nunca, Señor Presidente!" Un héroe sin slogans es como una maestra de primaria que no llora el 15 de mayo. Y además son lo bastante adustos y categóricos para desalentar mi fantasía. Mejor Bela Lugosi en *Los misterios de Chandú*. Mejor los Pequeños Grandes Libros y la figura obsesiva de la Dama del Dragón. Mejor el Spirit y el genio de

Will Eisner. Mejor descubrir en Traven que las groserías pueden imprimirse y en Havelock Ellis que mis compañeros sólo difunden un hecho consumado, por el que mi pavorosa ingenuidad puritana responsabilizó a las cigüeñas hasta muy entrados los diez años de edad.

Un recuerdo vivo: mi introducción al estudio del chauvinismo consiste en un violento empujón cuando me atrevo a poner en duda que solito el Escuadrón 201 vaya a ganar la Segunda Guerra Mundial. Luego, borrosa, enmohecida, la imagen de una secundaria oficial. En esa época descubro, a través de una revista de oposición, que un régimen puede ser sumamente perfectible y sin embargo debo cantar al inaugurarse el nuevo edificio de la escuela, un himno con música de *Las Coronelas*.

Con alegría, todos contentos  
vamos hoy a entonar  
mil vivas al Presidente Alemán.  
El supo darle a nuestra escuela  
y a nuestro director  
un edificio sin igual.  
Jubilosos, hoy cantemos  
¡Que viva, que viva, que viva Alemán!

Y un despliegue de fotógrafos, políticos, maestros que se atropellan. Añado uno más a la lista de mis descubrimientos: la artesanía del codazo. Días antes de que el Presidente nos distinga con su saludo, ha venido a mi secundaria Don Enrique González Martínez a inaugurar la Biblioteca que lleva su nombre. Enrique Lizalde declama "Tuércele el cuello al cisne." Se nos presenta a González Martínez como el

gran poeta de *La Suave Patria* y al suceder la rectificación, el director intenta un chiste póstumo. No hay fotógrafos, la ceremonia dura quince minutos y únicamente se advierte entusiasmo en el bibliotecario, un ochentañero ejemplar.

En 1951, en mi segundo año de secundaria se decide mi politización a través de la inevitable vía indirecta. Un tío mío que trabaja con Henríquez Guzmán ha de obtener una posición magnífica con el triunfo de su candidato. Acudo al local de Municipio Libre donde los henriquistas mantienen oficinas y consigo propaganda y engomados que afanosamente reparto y distribuyo. El henriquismo me apasiona y los artículos de Piñó Sandoval, las caricaturas de Arias Bernal, los poemas satíricos de Renato Leduc me señalan otras rutas, que me absorben al contrastarlas con la invencible y muy nuestra del PRI. Oigo hablar del General Mújica, de Graciano Sánchez, Genovevo de la O, Jaramillo, Muñoz Cota; vivo gozoso los días de la campaña. Me indigna el asesinato de campesinos henriquistas, me subyuga la vitalidad de la Federación del Pueblo. La derrota y la represión de julio de 1952 representan mi ingreso al escepticismo y el desencanto.

También en 1951, un maestro de Historia, al verme leyendo un folleto leninista, me invita a ingresar a un club. Lleno de alegría, lo concibo como el lugar donde Phileas Fogg cruzó la apuesta que revolucionó las agencias de viaje y acepto de inmediato. No es el lugar imaginado y en vez de mayordomos y vastas salas donde reinan el té y el silencio, oigo pláticas ininteligibles de jóvenes de aspecto agresivo; en un pequeño grupo una mujer se exalta y grita conde-

nando la represión campesina. El maestro sale a recibirme y me lleva a un salón pequeño. Allí se encuentran varios muchachos, todos mayores que yo, discutiendo algo que no recuerdo. Me adoctrinan, me dan una solicitud, la lleno y ya está. He radicalizado el Rubicón.

De inmediato, me compro tres escuditos de la URSS y muchos folletos. Mis compañeros se burlan de mí y me acosan a gritos: "Rojillo, ¿cómo se dice chachondear en ruso?" Sólo uno de ellos, Ricardo Gómez Espino, se limita a preguntarme si no me quedaba más cerca Scouts de México. Del club "Luis Carlos Prestes" recibo mi primer encomienda política: participar en una brigada que consiga firmas para la Paz. Recorro San Juan de Letrán y la Avenida Juárez y llego al local ya tarde, orgulloso, hombre nuevo soviético. He conseguido muchas firmas. Al revisarlas, el responsable del Club me mira compasivamente. Veo la lista y me avergüenzo: contamos 4 Pedro Infante, 3 Sara García, 8 Jorge Negrete, 2 Mario Moreno y así hasta el fin. Sólo diez de los autógrafos colectados parecen auténticos.

Como parte de mis obligaciones debía vender un periódico en mi sector de trabajo. La primera vez yo mismo compré todos los ejemplares y discretamente los regalé. Pero el remordimiento me venció y acudí con toda la diplomacia posible a vocear mi material en la escuela. El prefecto requisó los ejemplares, la secretaria me dijo que si yo no estaba a gusto en México por qué no me iba a Rusia, y el Director mandó llamar a mi madre. Ella, auténticamente apenada, juró mi regeneración y el director, después de palmearme en la cabeza y recordarme una serie de

artículos concluyentes sobre la Cortina de Hierro en *Selecciones*, me regaló un tomo de los discursos del Lic. Alemán. Mi madre me obligó, acto seguido, a olvidarme de mi gregarismo prematuro.

En esos años de confusión primitiva, practiqué dos lecturas definitivas, ¡*No pasarán!*, el relato de Upton Sinclair sobre la Guerra Civil española y *En lucha incierta*, la novela de Steinbeck sobre una huelga de recolectores de manzanas. Leí una y otra vez, con avidez, la saga de los radicales norteamericanos que militaban en las Brigadas Internacionales y la descripción de los activistas profesionales enfrentados a una burguesía hija de su. Me sentía vulnerado de modo profundo por esos mitines izquierdistas en Nueva York, con jóvenes febriles de barbas y anteojos de carey y mujeres delgadas, rigurosas, que practicaban, como sin darse cuenta, el amor libre y animaban la huelga de los estibadores empeñados en no embarcar armas contra la República Española. Me incitaban esas reuniones sindicales con grandes ollas colectivas de arroz y café, donde la palidez mortuoria del líder de la huelga denunciaba la vigilia y la tensión permanente. De inmediato me identifiqué con esa minoría acosada que anhelaba la Revolución. Acumulé lecturas sobre la Guerra Civil española, pero sobre todo y fundamentalmente, las Brigadas Internacionales capitalizaron mi fervor. Después John Reed y *Los diez días que conmovieron al mundo*; luego una *Historia de las luchas sociales* de Max Beer y ya está: un nuevo, decidido socialista sentimental. Como casi todos los pequeños burgueses que se radicalizan, mi proceso fue visceral, emotivo y no fue sino más tarde cuando quise otorgarle bases

teóricas a tanta irritación. Ahora me doy cuenta que de los henriquistas me atraía sobre todo su odio al poder, la gritería contra el orden establecido. Veía yo en el Estado —un ser mítico al que mi ignorancia confería indistintamente los rasgos débiles de Don Pascual Ortiz Rubio o la leyenda a lo Guzmán de Alfarache de Pasquel— el origen y forma de todos los males.

#### CAPITULO IV

### **PORQUE PARA HABLAR DE LA PROVINCIA ES PRECISO TENER ALMA DE POETA Y UNA CITARA EN LA MANO**

*En donde se ingresa a la Preparatoria (Número de cuenta 95361), se conoce a un Sexenio de la Patria y se disfrutan las ventajas de ver desfilar a la Historia (Sniff!) Inminente.*

Mi generación preparatoriana fue muy típica y su inventario ha resultado perfecto: el barrio de San Idefonso, los cafés de chinos, la política estudiantil, los versos leídos frente a los murales de Orozco, los cuentos sobre estudiantes pobres que por ser miopes se enamoraban de un maniquí, los “gallos” a la Noviecita Santa, las primeras y cósmicas borracheras, el descubrimiento del *Ariel* de Rodó y del “áureo rebaño de la mediocridad” pastoreado por Ingenieros. Su centro vital eran los Concursos de Oratoria y el reparto incluía por orden de aparición a Mirabeau, Dantón, Robespierre y Saint-Just, *Allons enfants* votemos por la Planilla Verde que garantiza el triunfo. Lo que hoy es grilla entonces se llamaba tenebra. El significado no varía: la escuela

del poder, los tenebras, los grillines, los gandayas, los mafufos, los pistolos. Jorge Siegrist era candidato a la F.E.U. y mandó sus golden boys a conseguir el voto de la Uno. Después de la golpiza, el mitin heroico en el tercer patio. Los líderes enardecieron, se votó una breve huelga y Siegrist fue expulsado de la Universidad. Hay que hacer “polaca”, compañero. Si no, cámbiate a Ingeniería. La Prepa era el bachillerato de Leyes y el bachillerato de Leyes era la ambición de apoderarse del país, en todos los órdenes, a su debido tiempo: “Aquí se estudia para Presidente”, y la consigna era vivida a diario por mis todavía entonces no ex-condiscípulos que afirmaban enfáticamente en las primeras cantinas, a la hora del brindis, su intención de transformar la faz de México o, ya de pérdida, de emigrar del oscuro edificio de la Colonia Guerrero o de la casa de asistencia por el rumbo del Carmen. Ya presentían que para ellos todo un Sexenio de la Historia de México, desde la Presidencia de la República hasta las aduanas, les reservaba sus favores, vítores de la CTM y palabras de agradecimiento y bienvenida.

La de malas, yo era tímido y aunque todo el mundo me convenció de mi-deber-es-votar, a loradelora me dio pena y preferí conservar mi credencial. Las clases eran unánimemente aburridas y era preferible asistir al concurso de besos —elepé en el Tío Pepe o irse al café Goya a discutir “Derrota Mundial”, defendida agriamente por un sobrino de Salvador Borrego. Salido de la provincia portaleña con el Cinturón Bíblico como toda protección, no podía sino epatarme con los titanes de mi época. Oía hablar del maestro Horacio Zúñiga y su Verbo Peregrin-

nante en Toluca y podía captar en los corredores frases de Jesús Urueta. En esos primeros años de los cincuentas, todavía funcionaba la tradición preparatoria del 29, la Leyenda de los "Cachuchas", de los bohemios que destripaban en Leyes y los poetas fracasados que se convertían en ministros.

Por supuesto, me niego a reconocermé en aquel torpe adolescente pelado a la brush, quien, como habría de ser su costumbre, queriendo estar a la moda sólo sabía vestir pavorosamente y cuyo mal gusto llegaba al refinamiento de los calcetines fosforescentes y las chamarras con escudos gigantescos de la Universidad; ese adolescente que deambulaba por las librerías de viejo y seguía creyendo en los Domingos de la Lagunilla y las matinés del cine Río. Mi cinismo actual abarcaría en su sonrisa condescendiente a ese sujeto sin sentido del humor, cuya mayor frustración es su incapacidad de convencer a nadie de que vote por algo y cuya mayor pasión son las neverías. Definitivamente, dijo el Destino: los he visto mejores.

Y sin embargo, me doy cuenta de que, de alguna manera, sigo desenterrando los tesoros poéticos de José López Bermúdez y los discursos de Luis I. Rodríguez, sigo adquiriendo *Demian* y *El Lobo Estepario*, sigo descubriendo Norteamérica a través de *Babbitt*, sigo preocupado porque mis teorías cosmogónicas no van más allá de explicarme el origen de Marvila, sigo oyendo Radio 620 y continúo comprando "Notitas Musicales" para aprenderme la letra de *Stormy Weather*. No hay felicidad mayor que hacer surgir de la rockola una sesión de homenaje a Glenn Miller. Y a eso le llaman tener raíces.

Si he sabido, me agazapo en el vientre materno, me pospongo en el mundo y ahora sería el *pop-singer* de los Aztecas Sincopados. ¿A quién carajos le interesaba pertenecer a una pinche generación-puente, de tránsito? ¿Y por qué tiene que sonar falsa la inserción de groserías en un texto supuestamente desinhibido? Ni albur, conciudadano. El respeto: he allí el dilema. Se me educó en el respeto a cualquier tipo de instituciones que acreditaran con credenciales su antigüedad y sigo viviendo el desenfado como meta y no de modo natural, como punto de partida. ¿O por qué la palabra chingada no me hace evocar una injuria espléndida sino una cosmogonía matriarcal? Por eso advierto con resignado entusiasmo la existencia de una nueva generación que lleve a la práctica lo que en mí ha sido, sobre todo, aspiraciones o teoría.

¿Cómo le hago?, díganme. En primer lugar, ¿cómo le hago para abandonar la triste y gassetiana idea de pertenecer a una generación? Y luego, ¿cómo le hago para superar la vieja sensibilidad que me tocó de herencia? Hacer una lista de mis primitivas lecturas básicas es practicar un catálogo de lo *out*. Cuando proliferaron las prepas, cuando en todas las librerías fue posible adquirir manuales de marxismo, cuando *Ulises* se convirtió, del menos leído de los grandes libros, en el menos leído de los lugares comunes de la cultura, cuando debí emplear en tono satírico las mismas expresiones que tan largamente aprendí a reverenciar, entendí que me había tocado militar en una generación "a la antigua", educada en las más estrictas normas liberales, convencida de la necesidad de reformar la administración pública

desde dentro, preocupadísima en definir lo mexicano, aferrada a la teoría erótica del abrazo político, iniciada venéreamente en el Organo un día que los cuates andaban bien jariosos, llevada al movimiento por Pérez Prado y a la sensualidad por María Victoria. Sin jactancia, pontifico que mi generación, por vivir en el mundo anterior al rock'n'roll, fue la última educada en las extrañas normas del México viejo. O dicho de otro modo, ¿se puede ser contemporáneo bailando danzón en el Smyrna? Se creía en la palabra que mueve montañas, se recordaban con unción los nombres de Germán de Campo y García Formentí, se revivía de continuo el movimiento del 29, se era liberal como ahora se sería baterista. Mi imagen de la vitalidad era una reunión ebria donde se declamase *El brindis del bohemio* o un viaje exhaustivo por el Tenampa y el Guadalajara de Noche, precedido de un fatigoso trotúa por Santa María la Redonda: oír como truenan esos chicharrones y echarme un tequila con los valentones. Todo concluía a las cinco de la mañana (después de la imposterizable visita a Meave 12) en los caldos de India-nilla, en medio de promesas de amistad eterna y decretos redimiendo al pueblo oprimido.

Salir de ese mundo puede ser tarea de toda una vida me estaría contigo. Por lo que intuyo y por lo que me han dicho los centenares de psicólogos profesionales que el destino me concedió en amistad, debo trascender mis limitaciones, traumas y complejos: ya me di cuenta que te sientes (y eres) feo; ya sé de tu niñez protestante y confinada, de tus odios sociales, de tu incapacidad para responsabilizarte porque crees que la responsabilidad es la primera cualidad mater-

na que debes rechazar al autoafirmarte (así sea negativamente). Por favor, mi doctor Froi, dígame por donde voy, lance mis penas al viento y si tiene tiempo hoy. Quizás llegue a superar mis traumas y vivir una vida productiva y frommiana; de seguro nunca llegaré a vencer la noción carcelaria —derivada de mi formación—, de ser, en el fondo, solemne y tieso, la imagen misma de la rigidez. Infortunadamente, he dedicado gran parte de mi esfuerzo a crearme una imagen de mí mismo, de cuya fidelidad dudo en forma abierta. No por un desacuerdo consciente con mis teorías sobre el sentido crítico y el sentido del humor, sino porque en mis reacciones de tristeza, en mis depresiones, en esos momentos inefables de la autoconmiseración cuando me conmueven Olga Guillot o Los Tecolines, siento invadido mi rostro, inevitablemente, por el *joí de vivre* de la Coatlicue.

## CAPITULO V

### TRABAJANDO HERMANOS UNIDOS POR LA SENDA DE LA CARIDAD

*Donde se hace (¡todavía!) un recuento de los avatares ideológicos del ya muy discursivo personaje, se empuñan pancartas y se conoce a los Abajo Firmantes.*

Mi protestantismo duplicaba mi juarismo. Las leyes de Reforma independizaban a la sociedad mexicana de un clero al que jacobina y calvinista y justamente atribuía muy buena parte de los grandes males del país. Por eso, cuando se me invitó a la juventud masónica o Ajefismo (de A.J.E.F., Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad) acepté con premura. En realidad, y a pesar de mi fugaz

contacto con el marxismo vulgar, de Manual de Politzer, seguía creyendo en el liberalismo vulgar, de frases sueltas de Ocampo, Ignacio Ramírez y Francisco Zarco, o ya internacionalizado, de anécdotas de Lincoln, Garibaldi y Robespierre. Cualquier idea me resultaba singularmente actual. En mi logia, la 18 de Marzo número 5, venerábamos a Zapata, a Cárdenas, a Ignacio Manuel Altamirano, con la misma devoción con que detestábamos a Calleja, a Juan Nepomuceno Almonte y Miramón. Los domingos íbamos a la Villa de Guadalupe a repartir hojitas donde se mal mimeografiaba la excomunión del Padre Hidalgo o se exponían cifras del dinero que cada año le costaba el Vaticano a México. A la Preparatoria también llevábamos copias del Juramento Secreto de los Caballeros de Colón, a los que, no sin felicitarnos continuamente por nuestro ingenio, llamábamos “Las Mulas de San Cristóbal”. Del Aje-fismo me complacían su carácter de escuela semi-clandestina de civismo y las posibilidades que para mi huck-finnismo callado ofrecían la Liturgia, los collarines y los malletes. Me deleitaba el arrojito con que se aplaudía el Cerro de las Campanas y se desenmascaraba la matanza de Cholula. Todo era permisible puesto que no había llegado el tiempo de los círculos de estudio con lectura de *El Estado y la Revolución* y no había conjuntos de Nueva Ola ni cine-clubes.

Dos acontecimientos promovieron mi radicalización. El primero, a los quince años, el proceso de los Rosenberg. Sin contacto con los grupos de izquierda, hube de conformarme con padecer una depresión inaudita al distinguir en la cabecera de *El Popular* la

noticia de su muerte. Intenté transmitir mi desesperación, pero mis compañeros no tenían idea ni de los Rosenberg ni de que fuera del cine hubiese espías atómicos. El segundo, al año siguiente, la “Gloriosa Victoria”. Castillo Armas efectuó el remake de King-Kong y a la Preparatoria llegó, abrumado de volantes y consignas, Luis Prieto Reyes (esa especie de conciencia mágica y satírica de la Ciudad). De inmediato Alejandro Peraza, José Guerrero y Guerrero, y yo integramos el Comité Preparatorio de Solidaridad con Guatemala, institución que según recuerdo jamás alcanzó los cuatro miembros. Recorriamos los salones y ellos hablaban y yo pasaba con una caja y recogía dinero para la compra de mantas y la edición de volantes. El fracaso de nuestra labor organizativa se hizo evidente el día de la Gran Manifestación. Desfilamos por la Preparatoria con pancartas, apoyados por una rechifla general. A la cuarta vuelta desistimos en nuestro empeño proselitista y silenciando el “¡Unete Pueblo!”, optamos por el digno abandono de la escuela. La manifestación fue extraordinaria: allí estaban Diego Rivera y Frida Kahlo, allí caminaba apresuradamente el poeta de América, Carlos Pellicer. Pienso que entonces comprendí por primera vez, al marchar enmudecido por Cinco de Mayo, el sentido de una expresión: “la solidaridad humana”.

El Comité Amigos de Guatemala me permitió conocer la Izquierda Mexicana. Cuando Luis Prieto y Sergio Pitol me invitaron a una junta, me sentí de pronto convertido en personaje de Upton Sinclair. Dispuesto a toda clase de admiraciones, trémulo y subrepticio, me deslicé en la reunión. Me imagino

que mi aburrimiento debió ser mortal, pero entonces no tenía el valor de confesarlo. Más bien, me halagaba contemplar de cerca a esos semidioses, a esos hombres-que-junto-al-General-Cárdenas-habían-expropiado-el-petróleo, a quienes se atrevían a desafiar al imperialismo. Todavía no me tocaban esas reuniones góticas y esos mítines bizantinos donde se intenta renovar a un país a base de palabras: "Es nuestro deber tomar mañana mismo el poder, compañeros." "¿Cómo mañana? Su irresponsabilidad política no tiene límites, compañero. ¿Ya se le olvidó que mañana tenemos la reunión del Comité de la Paz?"

Pero en aquella época y frente a los semidioses de la izquierda, mi capacidad crítica era inexistente. Supe acompañar en el viaje y me sometí al fetichismo de las firmas, los telegramas de protesta, los mítines en el Teatro Iris. Y me conmovía entonces (como me sigue conmoviendo ahora) la actitud de la mayoría de esos hombres y mujeres convencidos de su eficacia, a pesar de todas las pruebas aportadas en contra por la reaccionaria realidad.

Por lo demás, mi azoro ante la izquierda se complementaba con mi asombro por la capacidad revolucionaria de los demóstenes que compartían conmigo la Preparatoria. Mis compañeros de generación podían muy bien hacer suyas, en discursos y arengas, todas las causas de la Humanidad. Como la única reserva que me permitía oponer a su elocuencia era la muy natural de mi recelo testamentario, durante largo tiempo alabé su lealtad revolucionaria. La única fe radical que yo me atrevía a poner en entredicho era la mía propia. Porque ni los murales, ni

el Anfiteatro Bolívar abrumado por los aplausos ante la simple mención de la palabra Zapata, ni el Seminario de Estudios Históricos al que acudía cada viernes, lograban proporcionarme una imagen real o cierta de la Revolución Mexicana. Para mí la Revolución Mexicana era Dolores del Río llorando ante el cadáver de Pedro Armendáriz o Domingo Soler, quien me había convencido que se podía ser en la misma función del Cine Bretaña, un cura típico amigo de Jorge Negrete, el hermano incestuoso de Andrea Palma y mi General Francisco Villa. Ni modo, mi anterior escepticismo ante toda suerte de símbolos patrios, se acrecía con todo lo que se refiere a la Revolución de 1910. Demasiado influido por el cine o demasiado susceptible, mi gran limitación como mexicano que se sabe muy bien su Hora Nacional, es no poder configurar mi panteón cívico a base de las figuras que generosamente dispuso en mi provecho la retórica presupuestal. No niego su grandeza (Zapata en Anenecuilco es sin duda el Punto de Partida), pero los siento irremediabilmente en poder del lenguaje oficial, sacros, resguardados de mi admiración por un regimiento de historiadores o de granaderos. En todo caso, me quedan demasiado lejos, en plenos llanos de la abstracción.



## CAPITULO VI

### EN MATERIA DE CULTURA LO IMPORTANTE NO ES SABER SINO COMPETIR

*Donde se dicta una especie de itinerario parsimonioso para llegar a los suplementos, hacerse amigo de los V.I.P. y padecer en espera de las primeras publicaciones. También se entregan consejos para el buen mantenimiento de un scrap-book, se prodigan nombres y se enlistan agradecimientos hacia la Humanidad y hacia Edison.*

En 1957 inicié una supuesta carrera literaria. Conocí a José Emilio Pacheco y él me invitó a dirigir en su compañía el suplemento de la Revista *Estaciones*, cuyo nombre, Ramas Nuevas, me acompañará siempre. El Dr. Elías Nandino era el responsable de *Estaciones* y su absoluta generosidad que aparejaba los consejos literarios con las recetas médicas gratuitas, me incorporó de inmediato al trabajo de redacción. JEP y yo corregíamos pruebas, íbamos diariamente al consultorio, asistíamos a los cocteles en el *penthouse* de Rafael Solana y conversábamos con Rubén Salazar Mallén, Alí Chumacero, Paco Zendejas, Salvador Reyes Nevares, quienes hacían notas y consagraban jóvenes, "lo cual era de tomarse en cuenta". Nos interesaba conocer a quienes admirábamos y el trabajo sistemático de búsquedas, presentaciones, visitas, nos llevó a descubrir las posibles grandezas y las seguras miserias de la cultura mexicana. En el suplemento de *Novedades*, Fernando Benítez promovía un sentido sensacional de la literatura y demostraba que la publicidad no era sólo aplicable al Ratón Macías. José Luis Cuevas liquidaba una tradición esclavizadora y creaba dos grandes estilos, uno artístico y otro publicitario, a esco-

ger. Emmanuel Carballo removía y entrevistaba, y el Ateneo de la Juventud y Contemporáneos volvían a ser noticia. A Carlos Fuentes lo había conocido por intermedio de Porfirio Muñoz Ledo y Rafael Ruiz Harrell y como la revista que ellos hacían en Derecho, *Medio Siglo*, había quedado en manos de amigos míos, empecé con ese pretexto a frecuentarlo. José Emilio y yo lo veíamos en el café Viena para leerle nuestras primeras superproducciones, que Carlos escuchaba con atención superior al castigo. También a propósito de *Medio Siglo*, el comité de redacción —Zertuche, González Avelar, Soto Izquierdo, García Ramírez, Cordero Amador Jr.— solía visitar a Enrique González Casanova, director de prensa de la UNAM. Enrique ayudó a la revista y a mí me proporcionó el primer empleo: notas bibliográficas para la *Gaceta Universitaria*. Yo veía a todo el mundo, intentaba filtrarme en todas partes, sabía todos los chismes y recitaba sin cesar los nombres indispensables. En resumen, un político tan implacable como ineficaz.

Carlos Fuentes no sólo publicó junto con Carballo la *Revista Mexicana de Literatura*, dando a conocer, entre otros, a poetas de la importancia de Montes de Oca; ni se limitó a iniciar en *La región más transparente* una nueva novelística y una manera decididamente contemporánea (que por serlo ni excluye la publicidad ni se conforma con el éxito local) de ejercer la literatura; también nos presentó con Benítez en *México en la Cultura*. La Mafia entonces no era famosa y sí solemne. Fuera de una exhibicionista primera plana, lo demás llevaba a su madurez, es decir, a su extinción, la cultura respetuosa, inteligente

y un tanto cuanto académica que el suplemento de *El Nacional* había promovido en los treintas. Benítez nos aceptó y empezamos a colaborar; José Emilio regularmente y yo, uncido a mi tendencia natural de aguardar la jamás posible nota maestra, muy de vez en cuando. Allí conocimos a Gastón García Cantú, a García Terrés, al múltiple innovador Vicente Rojo. Cuando se decidió exterminar las contradicciones en el seno de la burguesía y el Jefe Pagés nos recibió en *Siempre!*, la Mafia sufrió una transformación definitiva. Se volvió un grupo importante, no porque en verdad fuese un grupo, sino por convertirse inexorablemente en el pararrayos de los resentidos, la posibilidad de responsabilizar a unos cuantos del fracaso literario de todos; así, la Mafia ha dejado de existir como una hipótesis y ha iniciado la penosa existencia de los mitos.

Por *Estaciones* desfilaron muchos escritores jóvenes: Pitol, Juan Vicente Melo, Salvador Elizondo, Gustavo Sainz, Lazlo Moussong. Se operaba un curioso proceso: la revista, de un antisurrealismo enconado, había elegido a Octavio Paz como enemigo público. Para nosotros Paz era lo único vigente y así empezamos a manifestarlo. El Dr. Nandino, objetivo, decidió aceptar la polaridad. Yo ya trabajaba: al partir hacia Yale, Nancy Cárdenas en 1960, me heredó su programa *El cine y la crítica* (que hasta la fecha sigo perpetrando). Y a propósito de *El cine y la crítica* ("Una serie que cava cuatro veces al mes su propia tumba"), voy a explicar por qué se transmite todos los domingos a las 14.30 p.m. en XEUN, 890 Ks. La razón es sencilla: no se me ocurrió otra forma de hacerle publicidad.

*El cine y la crítica* provocó mi ingreso a Radio Universidad, de donde no he de salir sino por la fuerza de las bayonetas, y donde he recibido siempre grandes muestras de amistad que ahora correspondo con signos de admiración y voces rubendarianas. ¡Llor al Lic. Pedro Rojas, a Carlos Illescas, a Julio González Tejada, a Milena Esguerra, a Esperancita, Amalita y la señorita Chepina! ¡Gloria y vida eterna! ¡Cómo les agradezco se hayan fijado en mí para convertirme en un *junior executive* y cómo lamento haberles fallado! El Lic. Rojas me nombró director de Voz Viva de México (los discos de la UNAM) y ese fue mi debut, beneficio y despedida en materia de jerarquías administrativas. Milena resultó mi secretaria y yo dictaba oficios y misivas líricas que me tomaban una semana y que ella rechazaba por sistema. Milena aún recuerda una carta para Alejo Carpentier que me llevó siglos y donde empleé doce cuartillas ratificándole mi fe en la Revolución Cubana y dos líneas pidiéndole un prólogo. Fracase al hablar con los vendedores, fracasé al coordinar las sesiones de grabación y fracasé en mi petición de trabajar en las tardes por serme absolutamente imposible antes de la 1 p.m. planear cualquier forma de incorporación personal al país. Cuando Max Aub me preguntó cómo había llegado a director de Voz Viva, contesté veraz que lo ignoraba y renuncié en favor de Milena.

De cualquier modo, la talacha hertziana es ocupación divertida y formativa. La necesidad de realizar varios programas a la semana, me hizo descubrir, rápidamente, cuanta teoría hoy pregono. Sergio Guzik, Juan López Moctezuma y yo, integramos un

equipo de trabajo cuya culminación se llamó *La Hora de los Niños*, intento satírico y paródico levemente fallido donde la responsabilidad exclusiva se volcaba sobre la revista *Mad*. Evoco esa época con nostalgia; las horas de grabación, las repeticiones, la paciencia de los operadores, el descubrimiento de los efectos de sonido, la urgencia de experimentar. Advertíamos los resultados benéficos del mal gusto buscado a conciencia; hallábamos los aspectos saludables de la actitud pueril; improvisábamos sin escrúpulos en radio y televisión. Cuando faltaba algún invitado a los programas de TV de la Universidad, nos erigíamos en sus probables sucesores. Yo fui, por ejemplo y antes de *Chucherías*, profesor de Química, investigador hondureño, novelista policial, director de una Estudiantina y actor que amenazaba con huelga de hambre en caso de no hacer el Hamlet. La Época de Oro se vino abajo un día que el Secretario General de la UNAM oyó por casualidad *La Hora de los Niños*.

Mi felicidad no tenía límites: había descubierto la parodia. Con rapidez organicé un argumento cinematográfico donde me burlaba abiertamente de todos los clichés del cine mexicano y se lo asesté a un productor. El día de la cita definitiva arribé con la certeza de oírme en breve comparado con Aristófanes. Lo que obtuve fue la sonrisa del productor, quien me felicitó por haber encontrado el tono comercial exacto, al redactar un guión tan ortodoxo. Me doy, reconozco: ¿a quién se le ocurre la parodia en un país barroco? En el mejor de los casos, ponte naturalista y ya se te hizo.

Y aquí me tienen, viviendo desde hace seis años

de Radio Universidad y colaboraciones esporádicas. Admito mi nulo porvenir burocrático, pero no me da pena. De sentirme demagógico, diría que me ahuyentan del memorándum las generaciones anteriores cuya experiencia prueba hasta la saciedad que unirse al presupuesto equivale literalmente a concluir como escritor. Pero en verdad, huyo de la burocracia por no resignarme a que algún día alguien me pregunte: "Oiga Monsivito, ¿por qué no le entra usted a la tanda de la Señorita Concha?" Ya se sabe, por otra parte, el proceso: se empieza redactando un discurso del Señor Ministro y se termina viviendo, dentro y fuera del erario, en una forma deplorablemente oficial.

#### CAPITULO VII

#### CORREN LOS GRANADEROS, LOS GRANDOTES Y LOS CHIQUITOS

*Donde se insiste en evocar situaciones políticas, por el convencimiento de que todo pesimismo cívico surge de canijas frustraciones.*

En 1958 se inició el Movimiento Revolucionario del Magisterio. Oscar González me invitó a un mitin en los patios de Educación Pública. Exhibían un Testimonio Humano: *La sal de la tierra*, y aunque yo sabía para entonces que Herbert Biberman no es un autor cinematográfico ni su obra otra cosa que un alegato sentimental, volví a emocionarme profundamente. Luego habló un periodista y después, ante una asamblea estremecida, Othón Salazar. Su oratoria, de líder carismático de nivel medio, no me comunicó al principio sino la pasión de una mentalidad sindi-

calista. Pero la respuesta de esas maestras a punto de jubilarse, de esos profesores con trajes de solapas cruzadas, cubiertos de gis y fervor, de esos jóvenes que, recién salidos de la Normal, tenían una fe bárbara en su eficacia revolucionaria, me hacía sentirme incómodo, tristemente cínico. Por fin me era dable asistir al nacimiento de una mística, si se quiere primitiva, burda, verbalista, mas ya no el ánimo escalafonario del PRI o el desvelado ex grupo de presión llamado PAN. Othón Salazar era el proyecto de un dirigente heroico, válido para un grupo y muy local, pero real y consistente en un momento en que los héroes habían sido despojados de toda significación. Cuando los maestros fueron atacados sañudamente, y ese inconsciente liberado del Poder, los granaderos, intervino en el Zócalo para dispersarlos, golpeando a las viejas profesoras, lanzando gases lacrimógenos, vejando, macaneando, Othon se transformó en un símbolo. Entonces estar con él era la única actitud posible.

1958 fue también el año de la Huelga estudiantil por el alza de las tarifas camioneras. Se integró la Gran Comisión y se decomisaron los autobuses suficientes para convertir C.U. en un cementerio impresionante. Todos participaron en el movimiento: la causa era inobjetable y se prestaba para jugar a la aventura. Carlos Ortiz Tejeda era el principal caudillo y, con un espíritu muy parecido al de Tom Sawyer cuando acometió la piratería, los estudiantes custodiaban celosamente la C.U., formaban patrullas y brigadas, anhelaban una organización militar, veían el nacimiento de un Gobierno Juvenil que desde el Pedregal dispensaría justicia en un país corrup-

to. Aunque mi descubrimiento del mundo literario y mi renuencia a sumarme a las acciones mayoritarias me redujeron a la condición de simple testigo, durante varias noches hice guardia en C.U. por curiosidad. Mi sancho pragmatismo no veía la razón para esas vigiliadas ya que de seguro nadie invadiría los académicos y autónomos dominios de la Universidad. Pero el ímpetu estudiantil exigía la disciplina. Los más entusiastas eran los preparatorianos que acogían full-time las perspectivas de pertenecer a una palomilla de treinta mil miembros. En verdad el carácter del movimiento era esencialmente lúdico. Las manifestaciones eran enormes y vociferantes y participaban los maestros y los sindicatos de petroleros, ferrocarrileros y electricistas. Un sábado se produjo una Gran Manifestación, con equipos de sonido y bailables con mu-ni-ci, mu-ni-ci, mu-ni-ci-pa-li-za-ción, y gritos de ¡Viva el diablo! frente a la iglesia de San Francisco. A la misma hora, los líderes estudiantiles se entrevistaban con el Presidente Ruiz Cortines, quien después de amonestarlos recibió con beneplácito la porra en su honor. Esa noche, después de una sesión tormentosa en el Auditorio de Humanidades con apagones y provocaciones a cargo de agentes especiales, la Gran Comisión cesó en sus funciones.

1959 se prodigó en enseñanzas. Fue un año intenso, con Demetrio Vallejo dirigiendo la huelga de ferrocarriles, con Othón Salazar insistiendo en el M.R.M. Para mí, la política opositora se convirtió en obsesión, sentido vital, perspectiva única. Los intelectuales iniciaban una radicalización que luego, a fines del sexenio, habría de morir sin aspavientos. Yo pertenecía al César Vallejo, un grupo de Filosofía

y Letras, y la idea de vivir defendiendo posiciones abiertamente minoritarias me complacía muchísimo más que pedir una inmovilidad de tarifas. Además, apoyar a los obreros era un empresa riesgosa: los lidercillos de la FEU esparcían a sus gorilas como queriendo-pelear y puesto que ya no había discursos elogiando el clima de libertad de este país, tampoco había garantías para pronunciar discursos sin autorización previa. Vivir era acudir a las manifestaciones: ¡Despierta, pueblo! ¡Que despierte la conciencia popular!, ¡Granaderos asesinos! En las manifestaciones se vaciaba, orgásmicamente, toda la intensidad que a partir de Calles sólo podía expresarse si era en apoyo del gobierno. Yo repartía volantes, asistía a pintas y pegas, discutía (o mejor, escuchaba) toda la noche en casa de Carlos Félix, atendía preocupado las novedades de que inevitablemente Luis Prieto había de enterarse. Cuando los vallejistas ganaron la primera huelga fuimos a Buenavista. Llegó Othón Salazar con un grupo de maestros. Habló Vallejo; la banda tocó *La Rielera*; los ojos de todos los presentes estaban humedecidos. También los petroleros se conmovieron al verse expulsados, con homberos y gases lacrimógenos, del Monumento a la Revolución. Después la segunda huelga y la represión increíble o (según quienes nada más esperan de la Clase Encaramada actitudes consecuentes) totalmente creíbles. Miles de presos en todo el país y el Campo Militar Número Uno rebosante de ferrocarrileros y estudiantes. En Monterrey, un líder comunista, Román Guerra Montemayor, fue asesinado y le pintaron los labios y las uñas de las manos para simular un crimen de homosexuales. En ese instante, el gobierno

hizo posible la creación del Comité Pro-Libertad de los Presos Políticos.

Mi inconsciencia debía ser absoluta puesto que no me atemorizaba ni, en el fondo, me enteraba bien a bien de lo ocurrido. Resentía las injusticias y eso era bastante. Un asesinato me modificó: un gran amigo mío, Héctor Zelaya, lombardista acérrimo, murió fusilado en Nicaragua. Había acudido como voluntario mexicano de las guerrillas antisomocistas y se le envió en grupo a recoger armas a una hacienda. El hacendado resultó delator; al llegar fueron recibidos por los soldados y allí mismo se les ejecutó. La muerte de Héctor disipó mis dudas sobre la militancia. Ingresé de inmediato al Comité Universitario pro-Libertad de los Presos Políticos y en 1960, el día de la inauguración de cursos en la Universidad, delante del Presidente López Mateos, se repartieron unos volantes donde Martín Reyes y yo exigíamos la libertad de los ferrocarrileros. El acto, obviamente, careció de consecuencias.

A partir de marzo se inició una labor de agitación bastante modesta. Agitar, desde nuestro punto de vista, era abrumar las paredes con pintura roja, repartir volantes en las facultades, desfilar por la C.U. y complacernos en trueque de mentadas con los reaccionarios de Comercio e Ingeniería. Un día resulté comisionado para repartir volantes en la Prepa Dos, el nido tradicional de los pistoleros. A mis bizantinas objeciones y argumentos sobre la utilización más conveniente de los intelectuales, se me respondió con el ejemplo de Louis Aragon "que vendía folletos en la puerta del Louvre, y Aragon es mucho más importante que tú". Aunque me negué a creer en tama-

ña devoción, fui sin embargo a la Prepa. Para mi fortuna, un golpeador, el Pariente, me despojó de mis volantes y me dejó marchar despavorido.

Fueron meses totales. Nos aprendíamos todas las canciones de la Guerra Civil española (“San José es republicano, la Virgen es socialista y el niño que va a nacer, del Partido Comunista. Venga jaleo, jaleo, suena la ametralladora y Franco se va a paseo, y Franco se va a paseo”), hacíamos parodias a costa de todo, nos divertíamos y vivíamos enfrascados. Preparé una suerte de homenaje a Brecht y Gene Kelly, “La ópera que no vale ni quinto”, y empecé a ensayarla en la Normal, entonces ya invadida por los huelguistas de Othón Salazar. En las veladas normalistas cantábamos indefinidamente *La Cárcel de Cananea*; Laura Oseguera difundía mis letrillas y padecíamos al comprobar la impopularidad (es decir, la falta de prensa) del movimiento.

En los primeros días de julio de ese año más cruel, participé como secretario de actas en el Primer Congreso pro-Libertad de los Presos Políticos. Mientras redactaba las conclusiones oí a los extremistas pedir que dada la cercanía de Lecumberri, fuéramos allá a exigir la restitución de los presos. Los discursos eran fantásticos, inacabables. Todavía se jugaba a la Revolución.

El 4 de agosto se organizó una gran manifestación que debía partir de la Normal. Desde las 8 de la mañana, la policía montada y toda suerte de policías secretas rodearon el Edificio. En el interior, una asamblea agitadísima. Unos cuantos intentamos vencer a los demás de la necesidad de quedarnos. Se aprobó la salida. La represión fue absoluta. La

policía montada se lanzó con fervor contra la cabeza de la manifestación. Unos cuantos deseaban cantar el Himno Nacional, pero no había tiempo. Me refugié junto con Pedro Sáenz en un edificio y desde la azotea vimos la implacable, interminable cacería. Cuarenta estudiantes emboscados bajo un Dragón Chino fueron los primeros en caer. Los jóvenes de las Vocacionales traían palos con clavos y cadenas, mas el intento de resistencia era a todas luces imposible. Cuatro días después Siqueiros y Filomeno Mata son detenidos.

El 9 de agosto otra manifestación para protestar contra la brutalidad represiva. Esta ni siquiera logró realizarse. Recorrimos Luis Prieto, Marcia y yo la calle de Independencia cantando “Oh María, madre mía, oh consuelo del mortal”, ante la desconfianza e incredulidad de los agentes. En la noche, acudimos a la Normal. Priva un ánimo derrotado, un aspecto de cansancio. Se me nombra presidente de debates en una sesión donde todo el mundo acusa a todo el mundo de ser agente del gobierno. Intenté afirmar la honradez de un amigo mío en entredicho y fui cesado en mis funciones parlamentarias.

La experiencia de esos años me fue definitiva, por enseñarme de modo inobjetable el sentido de la expresión “vivir peligrosamente”. Y no porque yo hubiese puesto en riesgo nada, ni porque mi audacia fuese más allá de embadurnar, empavorecido, algunas paredes blancas a mi alcance, sino porque me sentía necesario y solidario y porque a la vez me entendía de algún modo lejano, incapaz de participar del júbilo común. Pasábamos las noches discutiendo y mi posición, tímidamente antisectaria, me hacía asumir

una actitud disquisitiva prudente. Una noche la agotamos argumentando sobre la necesidad de distribuir unos engomados. Los pistoleros de la Rectoría hacían estragos y se había decidido detenerlos. Pero a unos compañeros lo único que se les ocurrió fue redactar textos intimidantes. Uno de ellos decía al pie de la letra: "Pistolero, tu piel no está blindada. Piensa en tu vida y en la pena de tus familiares." Después de una explosión de risa, me pronuncié contra semejante propaganda con tan mala suerte dialéctica que la compañera copyright, herida en su vanidad estilística, me retó a golpes por mi desfachatez revisionista.

El sectarismo, si bien no se había diseminado en tantos grupos como ahora, sí hacía estragos. Recuerdo que durante una embestida de los granaderos en el Zócalo, mientras todos corríamos, una compañera nos arengaba: "Sacones, rastros, enfrentense a los agentes de la burguesía." Y otro activista se dedicaba, oculto por el escándalo, a fijar consignas en la acera de Palacio.

En 1961, alentado por la actitud de José Revueltas (uno de mis mayores estímulos, un gran escritor que a causa de su firmeza ideológica ha ido dos veces a las Islas Marías, ha arriesgado cárceles y enconos universales y ha vivido un anticonformismo ejemplar en medio del fariseísmo ambiente) me animé a incorporarme a una huelga de hambre en apoyo de otra llevada a cabo en Lecumberri por los presos políticos. También participaban Pitol, Carballo, Juan de la Cabada, Guerrero Galván, Pacheco, los Lizalde, González Rojo, Labastida. Se escogió la Academia de San Carlos como el lugar para la demostración y durante famélicas 62 horas permanecimos al amparo

de cobijas, agua electropura, demostraciones de afecto, escaso público, *sandwiches* arrojados por los provocadores y pancartas de adhesión. Por mi parte fui débil: acepté un chocolate de manos de las Hermanitas Galindo.

En 1962, en una taquería frente al cine Insurgentes, me enteré por la Extra del asesinato de Rubén Jaramillo, su mujer Epifania (embarazada) y sus tres hijos. Y de nuevo me di cuenta de mis limitaciones: no entendía nada en absoluto, ni una sola palabra. Un año después, intentando el homenaje a quien volvió a hacer posible el heroísmo, trabajé en una suerte de documental a su memoria, que se exhibió en tres febriles ocasiones y desapareció para siempre. Ante estos hechos, el asesinato de Jaramillo, el asesinato de Enedino Montiel y su mujer; Vallejo, Campa, Lumbreras, Rojo Robles en Lecumberri, sólo se me ocurren reflexiones obvias, inútiles: ¿por qué ellos, por qué los mejores? Y mis dudas y torpezas se agravaron cuando Arturo Gámiz, Pablo Gómez y otros siete asaltaron el cuartel de Ciudad Madera y murieron en el intento. Si tenían razón o no, y si la actividad guerrillera en México concierne al delirio y no a la política, no es asunto que yo pueda discernir. (Después de todo, sigo siendo cuáquero pacifista y sigo siendo respetuoso de las leyes; cuando el Ejército entró a la Universidad de Morelia sólo se me ocurrió reaccionar con una frase: ¡Han violado la Constitución!) El hecho es que murieron por un ideal y la frase cobra un significado atroz en estos años presupuestales, donde vivir y pensar en voz baja es la conducta idónea, la actitud ideal.

POR MEDIO DE LA PRESENTE, SIRVOME  
MANIFESTAR MI GRATITUD

*Donde se agota cualquier posibilidad de exhibir la vida privada en aras de un afán teorizante y del deseo de mostrar que no se es parricida si bien se quería ser iconoclasta.*

Al entrar a Ciudad Universitaria para llevar una mañana-Jeckyll en Economía y una tarde-Hyde en Filosofía, abandoné temporalmente mis estremecimientos políticos en beneficio de una formación cultural. Gracias a Sergio Pitol me exilié de las lecturas a que Vicente Magdaleno —el único maestro que había conocido— me llevó. Borges, Alfonso Reyes, Faulkner, Dos Passos, Scott Fitzgerald, Nicholas Blake, Thomas Mann, Gide, Hemingway, Nathaniel West, E. M. Forster, sustituyeron de golpe a Hesse, Ehrenburg, los bienaventurados escritores españoles y demás ídolos de mi primera adolescencia. En la literatura norteamericana hallé la viva conciencia de un país en pleno movimiento, mucho más allá de su tiempo. Veía en Norteamérica el lugar donde la literatura transforma al país y donde el país se hacía visible, intenso en la novela. La generación perdida me sacudía y los comprometidos (Caldwell, John Steinbeck, James T. Farrell, Robert Penn Warren) me absorbían. Por la literatura inglesa y a través de mi regocijada lectura de *Cuerpos viles* y *Decadencia y caída*, las novelas de Waugh, descubrí la sátira, los límites del chiste y el humor de Jardiel Poncela. De pronto, Waugh me reveló, al burlarse de las pretensiones sociales de la Inglaterra de los

veintes, la falibilidad absoluta de un neo porfirismo que entonces iniciaba su marcha triunfal. Yo ya tenía maestros en el arte de hallar la grotescidad esencial de los demás: Luis Prieto y Sergio Pitol. Debido a la mitología de Luis y Sergio, gracias a sus anécdotas sobre la Seca, la Villeguitas y las Charnas, en virtud de su deformación continua y sistemática de la realidad, aprendí a divertirme y entendí de paso porque Borges calificaba al humorismo de “favor de la conversación”. Desde entonces lo único que me tiene en pie en todas las reuniones de nuestra respetabilísima sociedad es la perspectiva de encontrarme a Prieto y Pitol para describirles en detalle mis versiones míticas de esos parties que ellos de inmediato corregirán y enriquecerán.

Economía me derrotó. En Letras Españolas, fuera de las clases de Sergio Fernández, nada había con poder retentivo. De modo que me hice autodidacto, con lo cual no insinué el estilo infragorkiano que ha guiado el periodismo nacional, sino el desordenado y caótico desfile de lecturas e influencias. Mis primeras incitaciones al plagio se llamaron Alfonso Reyes y Salvador Novo. Reyes me deslumbraba al proponer una cultura mexicana donde la etiqueta resultase lo de menos; donde lo importante fuese recuperar el tiempo perdido en una continua tarea de expropiación cultural. Por Novo entiendo que el español no es nada más el idioma que los académicos han registrado a su nombre, sino algo vivo, útil, que me pertenece. Por Novo aprendí que el sentido del humor no difamaba la esencia nacional ni mortificaba excesivamente a la Rotonda de los Hombres Ilustres; en Novo he estudiado la ironía y la sátira y la sabiduría



literaria y si no he aprendido nada, *don't blame him*.

He ido ampliando mi lista de maestros. De México, he aceptado la furia y el rencor de José Vasconcelos, cuyas ideas siempre me han resultado intolerales, pero cuya manera de sostenerlas contra la opinión unánime me resulta ejemplar. De Carlos Pellicer me atrae el genio poético, la vitalidad de los sentidos y su capacidad viajera que a mí, antimarcpolo, me sigue provocando espasmos de envidia. Jorge Cuesta supo ejercer la inteligencia y el rigor crítico en un medio de improvisados y críticos con adjetivos "finos y sutiles". ¿Es posible dejar de admirarlo?

A mediados de los cincuentas, la literatura mexicana se disponía ya a sepultar su provincianismo. Juan José Arreola publicaba *Los Presentes* y a su alrededor escribía ya una segunda generación de discípulos, en beneficio de la cual editaría poco después los Cuadernos del Unicornio. Juan José era y es el mejor espectáculo verbal de México y sus cualidades mágicas le atraían público de inmediato. Además su literatura, de un acabado perfecto, de una implacable minuciosidad verbal, consentía en sus seguidores el culto por el texto, las tres cuartillas laboriosas y vastas a la manera de Borges o Torri o Marcel Schwob. Juan Rulfo había publicado *Pedro Páramo*, con lo cual culminaba, al convertirse su obra en arte, el drama rural: "Fui a Comala porque me dijeron que allí vivía mi padre, un tal Pedro Páramo." Allí, sin proponérselo explícitamente, se hallaba todo lo que la crónica había intentado perpetuar. La Novela de la Revolución moría en Comala: ante su paisaje calcinado, espectral, esencial, resultaban

inútiles los ropajes folklóricos de un género que, exceptuados Martín Luis Guzmán y Rafael F. Muñoz, sólo había recopilado anécdotas y engendrado reflexiones sociales.

Octavio Paz es sin duda la influencia profunda, transformadora de las nuevas generaciones literarias. En su poesía aprendimos, entre otras cosas, a ver por fin asimilado a un país que antes había cumplido simplemente funciones de cobertura, escenografía, decorado; sus libros de ensayo, *El laberinto de la soledad*, *El arco y la lira*, *Las peras del olmo*, *Cuadrivio*, han devenido con rapidez en clásicos. En Rulfo y Paz se cumple el milagro: lo nacional ha quedado aprehendido, vuelto sustancia, ha dejado de ser el Santo Grial hacia donde dirigir nuestras miradas y nuestras banderas: "*Cae la noche sobre Teotihuacán. En lo alto de las pirámides los muchachos fuman mariguana. Suenan guitarras roncas.*"

Cuando acepté *El cine y la crítica* mis conocimientos eran pobrísimos; no distinguía una película de John Ford de otra de André Cayatte, ni entendía las tesis de *Cahiers du cinema*. En mi época sectaria, resentido por el snobismo del Cine Club del IFAL, había preferido la candidez sovietizante del Cine Club Progreso. De pronto me vi obligado a enterarme de un arte del que desconocía (y hasta la fecha sigo desconociendo) casi todo. El momento era propicio para mi conversión artística. A partir de la derrota abrumadora de los movimientos huelguistas, los jóvenes radicales se refugiaron en los cine-clubes. Se organizó un grupo, Nuevo Cine, y Emilio García Riera, García Ascot, De la Colina, Elizondo, José Luis González de León, Luis Vicens, se dedicaron a

predicar la política del autor. Participé irregularmente en Nuevo Cine; aunque en forma gradual, el cine se iba convirtiendo en mi otra obsesión fundamental (la primera es el circo). He visto en los cineclubes cómo otra generación se va haciendo, cómo ante el derrumbe inmisericorde de la vieja sensibilidad y la vieja cultura, los mejores de entre los jóvenes acuden a la mitología cinematográfica para nutrirse, para auspiciar su anticonformismo.

Sin temor de caer en la exageración, sé que toda buena película modifica mi vida. He tenido varios encuentros fundamentales, pero debo citar tres: el primero en un cine de barrio, con los Hermanos Marx. La película era *Sopa de ganso* y mi solemnidad, mis días tan lúgubres, tan lúgubres, se vieron sacudidos, vejados, humillados. ¿Cómo volver a contemplar con admirada serenidad a esos próceres del tedio, mis maestros? ¿Cómo, si aún recordaba a Harpo que perseguía infatigable a todas las mujeres o a Groucho que señalando a Chico afirma: "Chicolini aquí puede parecer un idiota, puede hablar como un idiota, pero no dejen que los engañe, es un idiota", cómo entender entonces que José Angel Ceniceros fuese Secretario de Educación Pública? Allí lancé mis primeras carcajadas estentóreas ya definidas como de la gayola del Titán. Allí aprendí, con los Marx, que la seriedad es un robo y que el orden aparente, al verse subvertido, manifiesta su pudibunda ridiculez. El segundo encuentro se llamó *Casablanca*; la película por antonomasia, el instante que me descubrió el poder formativo de Hollywood. Allí estaban mis tres figuras míticas: Humphrey Bogart, el héroe más que-hemingwayano, y los personajes

inolvidables: Sidney Greenstreet y Peter Lorre. Allí se escuchaba la canción absoluta: *As time goes by*: "You must remember this". Y *Casablanca* me obligó a comprender que una mala película puede ser extraordinaria si cuenta con presencias, con valores tan entendidos y tan vigentes como el desenfrenado culto a la nostalgia inmediata. Los cuarenta tienen ya la lejanía del siglo XIX y oímos *As time goes by* con el mismo fervor con que los habitantes de la hasta hacía poco Nueva España debían oír *La Marsellesa*. Cuando Begey le dice a Dooley Wilson: "Play it again, Sam", se ha pronunciado —y esto podrá ser retórica pero no es mentira— una frase tan importante como "desde lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan".

Mi tercera película es *Cantando en la lluvia*. No quiero olvidar mis deudas con Bergman, Visconti, Kurosawa, Fritz Lang, John Ford, Fuller, Walsh, Cuker, Capra, Hawks, Truffaut, Lubitsch, Busby Berkeley, Preminger. A todos ellos debo la transformación continua de mi ensoñosa existencia, que lo mismo se imagina golpeada por gangsters, que sumida en un drama psicológico, que peleando bajo la lluvia con sables, que cabalgando intrépidamente tras el scout temerario que desafió a mi tribu, que diciéndole sin cesar a Edward Everett Horton: Have you ever been in Constantinople? Sin duda, me han manipulado y modelado y mi gratitud es infinita, pero a Gene Kelly y a Stanley Donen debo el entendimiento de que es inútil decir todo aquello que no consiente la música. Dos son las fuentes secretas de mis sueños: una, la posibilidad de cumplir algún día mis más caras ilusiones: primero, dirigir una película donde

se realice, al cabo de 30 años de tenebrosa ausencia, el encuentro de la madre con el hijo; la madre extiende los brazos amorosa y el hijo extrae un pastel que a continuación le asesta en el rostro; segundo, participar en un respetuoso presidium en un acto conmemorativo de algún inmortal centenario. Estar sentado junto al orador y en el momento que éste se levante para pronunciar el discurso oficial, colocarle una tachuela; tercero, aproximarme un día a un señor completamente calvo y respetuoso que sea maestro de ceremonias en el fin de cursos de la escuela Mártires de Chicago, (14 de febrero), y aplastarle un huevo en la cabeza. La otra fuente de mis sueños es la perspectiva de vivir de modo absoluto en comedia musical, bailar *tap* en pleno Zócalo y entrar al Palacio Nacional cantando:

*You're the top, you're The Colyseum  
You're the top, you're British Museum*

¡Ay, pensar en las posibilidades coreográficas de la Avenida Juárez! O en las ventajas escenográficas del Monumento a la Revolución, con un coro cantando: "Si Adelita se fuera con otro, por adúltera la iba a procesar." O una versión, en comedia musical, de la Historia de la Literatura Mexicana, de Carlos González Peña. Sin duda, *Cantando en la lluvia* ejerce siempre facultades liberadoras en mí.

Una última cosa para el Monsiváis ideal que me alucina: me gustaría conseguir la voz de Miguel Inclán, la gabardina de Bogart, la obsequiosidad de Peter Lorre, la figura de Sidney Greenstreet, la sabiduría de Akim Tamiroff, el conservadurismo de Mar-

garet Rutheford y la indudable mexicanidad del Indio Bedoya.

#### CAPITULO IX

#### *NIZA Y HAMBURGO, CON PARAGUAS DE CHERBURGO*

*Donde se describe una ciudad y un cuarto, con la vana esperanza de hacer méritos y convertirme, si no en el cronista del D. F., por lo menos en mi biógrafo oficial.*

La ciudad a partir de los años finales de la década del cincuenta intentó desesperadamente el cosmopolitismo. Surgía la Zona Rosa y era posible captar cierta vida nocturna. La una de la mañana no era aún *deadline* y los departamentos todavía no se volvían la única zona libre del relajo. Una incierta y primitiva *dolce vita*, distinta ya de las borracheras épicas de los cuarentas, de la bohemia en el Club Leda, se iniciaba. El folklore todavía era posible y no estaba mal visto dolerse con *No Volveré*, A las fiestas acudía Chabela Vargas para cantar *Macorina*. Por ineptitud, los intelectuales desdeñaban el rock'n'roll y revalidaban el folklore, exhumando corridos décimonónicos. Después vendría la radicalización política y al concluir ésta, se iniciaría una racha de falsa y verdadera frivolidad. Con el twist ya lo pop haría una entrada triunfal. Después Alejandro Jodorowsky introduciría los *happenings* y el nudo y a continuación los departamentos se conmoverían con sus variantes, el nudo con temblor, la tarántula tlalocan, la defensa de Stalingrado, la caída de Berlín, la pira. Se abandonaron los jueguitos psicológicos que me hacían temblar y estremecer. Del freudismo naïve de la botella o el cerillo

(los juegos de la verdad donde todo el mundo preguntaba indiscreciones mayúsculas cuya respuesta todo el mundo conocía), se pasó al frenesí destructivo. La consigna era vulnerar, pulverizar los departamentos, golpearse, revivir el infantilismo, nudo, nudo. Y como culminación el a-go-go. *Oh, baby, come on, let me take you where the action is.* Las Golondrinas al mito de la tristeza del indio. Hay que uniformar según dictado de Carnaby Street a los vigilantes Don Porfirio y Doña Carmelita y enseñarles que el cuerpo del mexicano no se hizo sólo para inmovilizarse al oír la Diana o hincarse al escuchar el Angelus.

Si debo aparecer sincero, y aunque acepté esta suerte de autobiografía con el mezquino fin de hacerme ver como una mezcla de Albert Camus y Ringo Starr, sólo puedo interpretar mi actitud contra el nacionalismo cultural como un angustioso *strip-tease* o epojé o método exhibicionista para deshacerme de los prejuicios heredados. Vivo bajo la aprensión básica, la piedra angular de nuestras acciones: nos pasa lo que nos pasa por ser subdesarrollados. El pesimismo, siempre una constante ideológica, se ha vuelto ya el segundo estado de ánimo nacional, sólo inferior a la incertidumbre. Ahora, el subdesarrollo es el culpable: nada ni nadie lo evita o lo evade. Para mí, el subdesarrollo es la imposibilidad de ver *El silencio* de Bergman o de contemplar a Margot Fonteyn y Nureyev o de gozar una buena comedia musical o de estar al día en Últimos Gritos y lecturas y giros existenciales. Pero en general el subdesarrollo tiene significados menos culturales, más drásticos. Se ha vuelto omnímodo: es la dificultad para movili-

zarse cuando llueve, la creencia en los valores del espíritu como opuestos a los de la técnica, la conversación plana, el estilo de gobierno, el trabajo fecundo y creador, todas las libertades menos una. El subdesarrollo es el signo de estas generaciones, el espectro que nos vuelve espectrales, el poder de convertir en fantasmagoría a todo un país, la seguridad de ser ectoplásmicos. El subdesarrollo es no poder mirarse en el espejo por miedo a no reflejar.

Mi cuarto me expresa fielmente. Es una simple acumulación de libros y objetos, un teléfono invariablemente ocupado, un cuadro de Pedro Coronel, una colección de dibujos de Cuevas, un collage de Vicente Rojo, *posters* de Alfred Neuman, los Beatles y The Dynamic Duo, un gran afiche de *Vaghe Stelle dell'Orsa*, un cartel enorme donde se ve una niña vietnamita quemada por el napalm y que dice: "Why are we burning, torturing, killing the people of Vietnam? To prevent free elections". También un gato, Pío Nonoalco, déspota indudable, marqués de Sade antes de Charenton y un escritorio, conmovido bajo una montaña de papeles que yo, categóricamente me niego a remover o examinar. En la pequeña sala, más libros y dos tocadiscos y, esparcidos profusamente entre los muebles, bajo los sofás, todos mis long y standard plays. Requiero del ruido sin cesar y deseo siempre estar al día en pop-music, aunque nunca falta Raúl Cosío que viene y me informa de mi enorme atraso en relación al Hot Ten. En este instante escucho *Strangers in the Night* y me dispongo a oír *Color me Barbra* y la vida musical de Agustín Lara. ¿No es esto eclecticismo?

## INNOCENTS ABROAD Y DE REGRESO

*Donde ya no se puede más, se presume de un viajecito y se insiste, como quien no quiere la cosa, en la waltermittyficación.*

Estos dos últimos años me han alevantado. En 1965, viví algunos meses en la Universidad de Harvard, en calidad, dicho sea de paso, de Representante de mi País en el Seminario Internacional. La experiencia fue concluyente, entre otras cosas porque me puse en contacto con la gente de SNCC, de SDS, de las nuevas y radicales organizaciones estudiantiles. El Seminario Internacional es, más o menos, una reunión de burócratas de nivel medio. Yo era el primer representante mexicano en su historia y como es natural al principio acepté con solemnidad todos los compromisos a que el Seminario obligaba: conocí los talleres del Christian Science Monitor, pasé el más terrible week end de mi vida en casa de una agradable familia de Boston, accedí a describir Acapulco, canté *Cielito Lindo* en un café y me aburrí. Por fortuna, asistí a un *teach-in* sobre la guerra de Vietnam y mi actitud se transformó. El *teach-in*, ese remozado diálogo socrático, tenía a Norman Mailer como orador central. Oí a Mailer y lo vi después beber copiosamente en una reunión. Le dijeron que yo era de México y me preguntó si conocía a Lupita, una prostituta amiga suya en Tijuana. A partir del *teach-in*, viví los Estados Unidos de otra manera. Inicié el culto a mi leyenda y en un garden party causé sensación describiendo la primera vez que había contemplado un sacrificio humano, por cierto de

un gringo. Aproveché la colonia mexicana allí presente y organizamos fiestas trepidantes. A la primera, "Canción Mixteca Party", acudieron 400 latinoamericanos que hicieron polvo el departamento y lloraron recordando sus respectivas tierras natales. En la siguiente, anunciando con carteles como "Primero es la Tierra Party", se llevó a cabo una ceremonia conmovedora. Había yo contado que dada la índole de mi apego sentimental, había traído desde México un poco de tierra. La noche anterior, excavé y dispuse un poco de tierra bostoniana en el centro del pequeño salón. A la hora del mayor estruendo y después de servir el tequila pagado esa misma tarde a precio de oro por el Heredero de una Gran Tienda, todos se tomaron la mitad de un trago vertiendo el resto sobre la tierra, "como homenaje a las raíces". El heredero de la gran tienda era invaluable: convencido de la infidelidad del correo, se había llevado consigo una grabadora que utilizaba enviando cintas a su madre. Cuando regresaban las cintas, nos reunía a todos y nos decía: "Oigan por favor la voz de mi chulapona." Y escuchábamos a la señora aconsejar a su hijo y mandarle besitos. "En seguida te va a hablar tu tía Marta. . . Joelito, ¿me oyes, pícaro? Te habla Martita."

Di una conferencia sobre México ataviado vindictivamente con jorongo y huaraches. Triunfé sin discusión, y envanecido, acepté participar en una mesa redonda sobre cultura latinoamericana, como el único representante de south oh the border. Los jóvenes norteamericanos especialistas en Latinoamérica de verdad lo eran y uno de ellos me destinó al silencio cuando reprodujo de memoria parte del dis-

curso de Gabino Barrera en Guanajuato, 1883. Ese breve período en Harvard, que alternaba con escapadas semanales a Nueva York, me permitió también conocer una de las comunidades de SDS (Students for a Democratic Society). Durante 6 días viví con estos estudiantes que desarrollan una maravillosa tarea comunal en los barrios pobres. Su intención era y es educar, ayudar sin filantropía. A la casa llegaban delincuentes juveniles y amas de casa y obreras y oían discos de rock y platicaban y los jóvenes negros se emocionaban evocando los proyectos de Mississippi, pero la palabra más frecuente era Vietnam. Fui a Washington a observar el Congreso de la Gente No Representada, que concluyó con un desfile de protesta frente a la Casa Blanca, y en Nueva York asistí a la inauguración de la Universidad del Pensamiento Libre. Los nuevos mutantes estaban en acción; ante su radicalismo integral, que rechazaba de golpe el capitalismo y la moral victoriana y el stalinismo y la educación burguesa, entendí la ineficacia de los radicalismos parciales.

Para mí, un proto-pocho convicto y confeso, Norteamérica es, permanentemente, una lección y un ejemplo. Fuera de su sistema político, de su conducta racial, de su pretensión de líder mundial y de su presencia en Vietnam, todo lo demás de Estados Unidos me resulta definitivamente admirable. Su música —el jazz, el spiritual, el blues, el rock— hace posible la vasta utilización de los sentidos contemporáneos; su literatura me hace entender el valor perdurable de los testimonios sobre una sociedad que se destruye a diario; su poder autocrítico, desde la adolescencia de *Mad Magazine* hasta la perspicacia

demoledora de *The New York Review of Books*, revela que la autocomplacencia no sólo recompensa con un reloj en la Sala Ponce al cumplir los 80 años o un discurso laudatorio en la Cámara de Diputados. También con el autoaniquilamiento, con la extinción.

Nueva York para mí es la Ciudad, el lugar donde crecen los estímulos. La perspectiva de ver seis buenas películas en un día y de enfrentarme por primera vez a la pintura y epatarme con shows psicodélicos y de oír a Allen Ginsberg exigir la legalización de la marihuana y de aburrirme con las películas de Andy Warhol, me abrumó. Y me abrumó admitir que el avión de Mexicana podía convertirse en una máquina del tiempo que me devolvía a un mundo que sigue creyendo en la intocabilidad, en la intangibilidad. Volví decidido a aceptar mi anacronismo y redimirme en consecuencia. Antes de irme había entregado una *Antología de la Poesía Mexicana del Siglo XX*, que la generosidad y paciencia de don Rafael Giménez Siles, la amistad de Emmanuel Carballo y la ayuda de Alí Chumacero, me habían hecho terminar, la primera cosa conclusa de mi vida, si exceptúo la traducción de un libro sobre James Bond que Tito Piazza, Introdutor de Realidades y Creador de Mitos, me había confiado. Sin que la considere definitiva ni mucho menos, la antología me importa por darme la oportunidad de rendir homenaje a mis Monstruos Sagrados, porque su publicación trajo consigo notas, un elogio de Octavio Paz que ya me mandé tatuar y mi transformación: Antes, de niño quería ser bombero o humorista. Hoy sólo me interesaba aplicar el sentido del humor. Sé que la mayor de las agonías es proponerme hacer reír a

alguien y mis pretensiones ya no son hacer reír o hacer pensar; mi meta es más humilde: desearía reír y pensar por cuenta propia. (*Abadabada ba said the monkey to the chimp.*)

No admiro a mi generación: la veo demasiado unida al régimen imperante, la recuerdo siempre ligada a las generaciones anteriores en el empeño de ahorrarse trabajo, de disfrutar lo conquistado por otros. La veo inerte, envejecida de antemano, lista para checar y reinar. Aunque, desde luego, admito y admiro y trato cotidianamente a las excepciones, las gloriosas, insólitas, renovadoras excepciones. Me apasionan mis defectos: el exhibicionismo, la arbitrariedad, la incertidumbre, el snobismo, la condición azarosa. No sé si pueda llevar a cabo una obra siquiera regular, pero no sirvo para las finanzas o la política. Me aterra terminar. Tengo 28 años y no conozco Europa.

CARLOS MONSIVAIS

México, D. F., octubre de 1966

EL COLEGIO DE MEXICO

M860.4/M754G



\*3 905 0186048 Y\*

Nº 685

Imprenta Madero, S. A.  
Aniceto Ortega 1358, México 12, D. F.  
15-XII-66  
Edición de 2,000 ejemplares,  
más sobrantes para reposición.